

Director: A. MORAN

Redactor-Jefe: F. MORA

Redacción y Administración: PLAZA PERPIÑA, n.º 8, 3.º

Administración: Tel 870 65 33 - Redacción: Tel. 870 65 34

Depósito Legal: B-7.888/77

Impreso en: DYDGMAF Industria Gráfica

EDITA: EDICIONES VALLES, S.A.

¿DONDE APARCAR?

por Agustí PUJOL Serra

«Granollers vila oberta», rezaban los carteles de la época franquista. Abierta a todos, es de suponer. Por sus festejos, por sus ferias, por su hospitalidad, por sus gentes que acogían al extraño como si del vecino se tratara. Y que pueblo, de la amplia península no ha sido una vila abierta al foraneo. Si España, desde los cincuenta se ha «espatarrado» en pro y loor del turismo que balbuceante se asomaba tras los pirineos vistos de la europa gaullista.

Hoy, no hacen falta el tipo de «slogans», que en época franquista, proliferaron por doquier, bautizando, rebautizando con sinónimos, costas, peñascos y peñas, a fin de darles una imagen «nueva», para los que acudían en tono interesado y expectante, al bajo precio y al sol prometido por la especulante «tours operator» de turno.

Para la generación que no rebasamos la treintena, que dimos nuestras correspondientes clases de geografía y demografía, en el viejo Instituto de la calle Corró, con el Salvador Llobet, de siempre, con sus estudios demográficos de la población, con sus conocimientos de las terrazas del Congost, con el clima del Montseny.

Sí, aún nos acordamos, de un boletín que aparecía, con preguntas y premios, para los más aplicados en datos históricos de la villa. Impreso en Roca, con preguntas como ¿Cuántos habitantes tiene Granollers? La respuesta adecuada en aquel momento era 14.600, creo recordar. O que pájaro ilustra el escudo de la ciudad? La gralla, etc.

Tiempos aquellos, en que apenas si abundaban los «Seat 1400», a los que un tío mio, cuando íbamos a cazar con trampillas en el bosque de «Can Comas», y pasaban raudos por la recién abierta autovía de L'Ametlla, exclamaba: «¡mira que «aiga»! ¡Qué tiempos!, en que el que más, iba a pie, o en bici, o en carro, o en «escooter», y algún privilegiado, señor de pobladas canas ya, o de amplias entradas en la frente, conducía imperterrito un automóvil.

Quince o veinte años habrán transcurrido, y madre!, que cambio. Imposible circular, de doce a una en automóvil, proeza, es llegar de Can Baulenas a Can Peret, en menos de cinco minutos, al volante de un automóvil, a las seis de cualquier tarde. Inútil buscar aparcamiento, en cualesquiera de las calles y plazas de la población, a esas horas. Los automóviles se amontonan en la Plaza Perpinyá, sin dejar camino al andar, como diría el poeta, cerrando el paso a otros, como demuestran los hechos. Hechos que a diario se repiten en la Plaza Maluquer, en la calle Traveseras, en la calle Caputxins, en la calle Barcelona, en la Plaza de la Corona...

Cuanto habrá cambiado todo en veinte, quince, diez, cinco años. Tiempo hace que no hablamos con Salvador Llobet, tiempo hace que se duplicó aquella cifra de habitantes, tiempo hace que no sabemos donde empieza y termina la antigua muralla de la ciudad...

Y al paso que vamos, de no mediar alguien en el asunto, el problema del automóvil en Granollers, transformará aquello de «vila oberta», en «tencada», cuanto menos para los foraneos que no vienen en tren...



Desde la Porxada

Treinta y cinco años...

Efectivamente han sido 35 años los que día a día, semana a semana, ha venido el que firma, redactando sus humildes crónicas.

Han sido 35 años en los que el entusiasmo superó al buen hacer, la voluntad al desánimo, la constancia a los momentos de crisis y tristeza.

El tiempo no perdona y la salud impide a veces proseguir en una tarea como la del periodismo local, en la que dejas sin darte cuenta parte de tu propio ser.

Porque soy hombre libre y nunca he tenido otra libertad que supeditarme al criterio comunitario de servicio, es quizás uno de los motivos por los que dejo la máquina de escribir.

«Vallés», como lo fue en su día Acción Católica, han sido simplemente un campo de apostolado ya por la santa causa católica, ya por mi amor a España, ya por mis inquietudes sociales.

Aprendí, en las tristes lecciones de nuestra guerra, lo importante que era reconocer al hombre portador de valores eternos y a ello puse mi servicio y mis lealtades.

Pero de una manera muy especial Granollers ha sido mi obsesión. Centenares de crónicas han visto luz en este periódico y en otros muchos. Siempre he servido con lealtad, nunca he utilizado los medios de comunicación de que he dispuesto y que se me han confiado.

Ahora solamente me resta la facultad de acallar mi pensamiento, poner en reposo mis dedos que teclean nerviosos constantemente sobre mi máquina de escribir regalo de mis hijos y esperar que otros cojan la antorcha.

Creo que con treinta y cinco años cumplí. Ahí queda eso. «Pleguem». Y en este momento quisiera hacer llegar a cuantos han escrito a mi lado, casi siempre sobre mí, pero que han buscado en mí un maestro y no lo hallaron sino de voluntades, que juzguen mi obra con benevolencia, si es que existe una obra de escritor, y si encuentran retazos de mi alma, los recopilen y los tomen como suyos, en el escribir constante para un tiempo nuevo, en el que también como joven soñé.

A los que ofendí, no lo tomen en consideración. Simplemente les ruego estrechen esta mi mano en el momento de la despedida.

¡Adiós amigos! Permitidme que me vaya por la puerta trasera, que es por la que siempre pasé. Y al juzgarme sed amigos lectores de hoy y de mañana, benevolentes. Con lo que escribí y firmé, así ha sido normalmente, pero también con lo que no firmé, pero reconoceréis por dos cosas, su apasionamiento y su mala sintaxis.

Jaime VIÑALLONGA